

ESTE FUE el discurso de despedida de la vida pública del maestro Calvo cuando debió marchar al exilio de Agua de Dios. Fue leído en el Teatro de Colón, ante la multitud que se reunió allí en 1935 para tributarle un homenaje nacional. Este mismo año fue publicado en el periódico *El Tiempo*.

A

quí tenéis, fraguada en torpe barro, la apariencia mortal de un hombre que en uno o en otro instante de la vida os hizo cerrar los ojos suavemente para soñar un bello sueño. Cada uno de los que en esta noche venimos a rendir testimonio de afectuosa admiración a Luis A. Calvo, cada uno de los ciudadanos de Colombia, y numerosos extranjeros, debemos a este hombre que aquí veis, tan tímido, tan poco importante, tan sencillo, la dádiva magnífica de una de aquellas horas en que el hombre se encuentra a solas con su alma. La música de Calvo ha sido para todos nosotros guía por los parajes de lo inasible y lo invisible; la música de Calvo en un momento dado, ha hecho desaparecer para nosotros el trágico cotidiano, la mediocridad y la angustia del presente, entre las dos fuerzas por él sabiamente desencadenadas, de la aspiración y del recuerdo; la música de Calvo ha abierto para nosotros nuevos y dilatados horizontes a la melancolía.

Acaso algunas de las damas que envuelven esta sala en un vaporoso ambiente de sedas y perfumes soñaron muchas veces al interpretar sobre el piano, en el recogimiento de su gabinete, la música de Calvo, que el creador de tan etéreas melodías, sería una suerte de príncipe encantado, como el mancebo que desde los tiempos mitológicos, lleva la cítara en la mano. Alguna quizás

lo imaginó de un suave tipo efébo, con el cabello rubio y dos grandes ojos cándidos abiertos al paisaje; otra se lo representó en el apogeo de la forma varonil, que, como para que no se perdiera la forma perfecta del arquetipo humano, fijó en mármol de Paros, para los siglos, Policleteo; otra, en fin, pensó que el artista tendría los rasgos románticos que vemos en los medallones de los viejos maestros de la música; desordenada cabellera, fino perfil, ojos intensos, barba angulosa que roza suavemente los pliegues clásicos de la gorguera. Y he aquí que el autor del lírico mensaje no corresponde, bien lo veis, señoras, en su aspecto terreno, al ideal que su alada música sugiere. Es un tipo de nuestra raza, ni más imponente ni menos ordinario; no tiene melenas que agitar en los conciertos; viste nuestro mediocre traje urbano; y, a no ser por la serenidad grave y melancólica del rostro, nadie imaginaría qué tesoros de espiritualidad alberga su carne atormentada.

Si el encuentro personal con el héroe de vuestra fantasía os produce alguna desilusión, señoras, será ella la misma desilusión que sentían los que, atraídos por los reflejos de su gloria, se acercaban al trono del viejo Agesilao; la de los niños que buscaban a Esopo en romería; la de los guerreros que sintieron el vigoroso aliento de Tirteo; la de los catecúmenos que por vez primera escucharon a Sócrates en los jardines académicos. Porque ellos como Calvo, no fueron ejem-



plares de varonil belleza; porque ellos, como Calvo, eran demasiado generosos, y como la belleza exterior no se comparte, prefirieron llevarla en el espíritu, para poder dilapidarla en un soberbio gesto de misericordia con los hombres. De la urna de pórfido no se expande la esencia; de la lámpara de alabastro apenas irradia una luz tenue; se necesita que el vaso sea de arcilla para que al romperlo el mundo adverso, desnude ante los hombres el milagro.

Calvo es un excelso milagro del espíritu. Más que en cualquiera otro artista, la envoltura terrena ha sido en él caduca y miserable. Parece que el espíritu hubiera librado en él una batalla más recia y más efectiva que en cualquier otro ser humano para liberarse y expandirse. Si alumbrar es arder, como lo dijo el poeta, el ánimo de Calvo mordió con lenguas de fuego la carne dolorosa, en modo de calcinar y aniquilar todo contacto con la pequeña vanidad humana. Altas y elaboradas lámparas señalan el viacrucis del arte colombiano. Luis A. Calvo no es una lámpara ni un faro, según la imagen tan vieja y tan exacta, sino una inmensa llama.

Todo en su arte da la idea de la inspiración y la creación, indóciles al acomodo y a la disciplina. Los conocedores de la música pueden indicarnos innumerables defectos técnicos en la obra de Calvo; pueden decirnos que no conoce los géneros musicales y que no sabría decir si un trozo propio puede bautizarse de sonata o de rapsodia; el mismo nombre de *Intermezzo* que ha dado a la más famosa de sus obras, parece que no está bien escogido. Pero, aparte de que la música no se hizo para los críticos sino para los hombres, ellos convienen en que por la música de Calvo cruza un soplo de creación y de genialidad que llega a subyugarlos, a envolverlos, a arrastrarlos, en el torbellino de la inspiración desordenada. Los grandes maestros de la estética contemporánea, Guyau, Croce, Thorndike, están de acuerdo en que, en contraposición a la ciencia, el arte es

intuición, fruto de la imaginación irreflexiva. En ese sentido, Julio Flórez y Luis A. Calvo son los más grandes artistas que ha producido nuestro suelo. Ambos nacieron bajo el triple signo de la gloria, del dolor y del genio, y ambos presiden la despoblada galería de nuestra patria espiritual.

Calvo nació pobre y oscuro en una aldea acurrucada al amor de los riscos santandereanos. No tuvo maestros, y la única música que escuchó en su infancia y en su adolescencia fue la del viento en el follaje, la del torrente al golpear contra las piedras, la del pájaro libre en el espacio. Si algún coordinado acento oyeron sus oídos, fue el rústico de la zampoña pastoral de los zagales, o el candorosamente místico del órgano de la parroquia. Por miles de centurias había evolucionado la música en todos los países, hasta llegar a las formas complejas, universales y perfectas de la ópera y de la sinfonía; pero Calvo no tenía noticia de todo ese lento desarrollo que ennobleció a los hombres; él, con la creadora fuerza prístina de las figuras del Génesis, tuvo que inventar la música. Así como Caldas gastó la mayor parte de su vida, sus más nobles energías, las horas más lúcidas de su inteligencia en inventar y construir instrumentos de física que de tiempo atrás estaban perfeccionados en Europa, Calvo no solo descubrió la música por sí solo, sino que tuvo que crearse una técnica para que lo asistiera, compilar para su uso personal una vasta retórica de los sonidos. Es una retórica defectuosa, pero en la categoría de las cosas del intelecto, representa el mejor logro y más vasto esfuerzo de esta patria en los campos del arte y de la belleza musicales.

Educado en un medio de alta cultura musical, como los de Italia y Alemania, en inconsciente o consciente contacto con la obra de los máximos compositores y de los grandes ejecutantes, quién sabe a qué alturas no hubiera rayado Calvo en la escala de los creadores de armonía. Pero él no tuvo otros mentores que su corazón y la naturaleza.

El escuchaba los sonidos, los recogía en el hondo del espíritu, y allí los interpretaba y coordinaba en melodías que tienen por ello el sabor, la ingenuidad, la ternura, la saudade, que manan de nuestro idílico paisaje y del corazón de nuestra gleba melancólica. La música de Calvo es la música de la patria; la música de Calvo es, en el orden del sentimiento, la más entrañable parte de la patria misma.

Los aires nacionales que Calvo fue recogiendo y estilizando intuitivamente en las breñas de su tierra nativa, empezaron a prender y a florecer rápidamente en los corazones colombianos. En ellos reconoció el pueblo la expresión de cosas, de ideas, de sentimientos que habían bullido por años en su pecho, sin hallar evasión ni encontrar forma. Porque lo que admiramos en los hombres de genio no es precisamente la revelación de lo extraordinario y de lo inesperado; sino la expresión de aquellas cosas que hubiéramos querido decir, y no dijimos. El alma humana es un confuso mundo de aspiraciones, de impresiones, de evocaciones indeterminadas. Solo la expresión pone orden en el íntimo caos; un grande artista no es precisamente el que siente más hondo, sino el que mejor expresa lo que siente. La mejor consagración de un escritor no consiste en que el lejano y anónimo leyente exclame al recorrer sus páginas: “esto no se me había a mí nunca ocurrido”. Sino que en cambio diga: “esto parece escrito por mí mismo”.

Pero cada arte tiene su radio y su técnica de expresión, que no puede equipararse a las otras. El escultor, primero en la escala ascendente de la expresión artística, ofrece al mundo su intuición del volumen, de la proporción, de la forma; el pintor añade el color, la composición, la perspectiva; el poeta descubre matices interiores, asociaciones invisibles de sentimientos y de objetos, que escapan al vasto dominio de la paleta. Pero hay cosas que ninguno de los tres tiene medios de expresar a los hombres: son los estados más

Calvo nació pobre y oscuro en una aldea acurrucada al amor de los riscos santandereanos. No tuvo maestros, y la única música que escuchó en su infancia y en su adolescencia fue la del viento en el follaje, la del torrente al golpear contra las piedras, la del pájaro libre en el espacio.

íntimos del alma. ¿Qué pintor podría darnos la imagen de un corazón atormentado por la duda? ¿Qué poeta nos daría la sensación, siquiera aproximada, de esa órbita de formas inconexas, vagas, contradictorias, alucinantes que constituyen el reino fantástico, y tan real, sin embargo, de los sueños?

Sólo el músico conoce la clave de los sueños. La música es la expresión de lo inefable.

Calvo ha interpretado lo que hay de inefable en el concepto de la patria. Por ello su fama se ha extendido en tal manera, que no hay un colombiano que al oír la música de Calvo no se sienta estremecido en el fondo del alma, y más que nunca vinculado al regazo de la tierra materna. Los aires de Calvo se tocan y se cantan en todos los lugares de la república, interpretados ya por la grande orquesta sinfónica, ya por la bullanguera murga provinciana. Desde el tibio y apenumbado retrete de la dama aristocrática, hasta la venta de aguardiente perdida en los caminos, Calvo llena de inspiración las almas todas; pone un toque de elevación y de sueño en la diaria tarea, por igual amarga y tediosa, de los pequeños y los grandes. Yo he viajado de noche, por nuestras inverosímiles trochas de montaña, cansado del cuerpo, laxo del espíritu, conturbado por la medrosa

y presagiosa soledad de los árboles. De pronto he oído una nota en la distancia; un aire de pasillo rasga el silencio apenas rumoroso del ramaje y del río. Yo me he sentido envuelto en una onda de dulcedumbre inimitable; he soltado las riendas del caballo; me he dicho: música, Luis A. Calvo, patria. ¿Cómo no habría yo de venir esta noche en que Bogotá rinde homenaje al maestro Calvo, para agradecerle las emociones que le debo?

Un día, en plena juventud, en el apogeo de su inspiración poderosa, lo visitó Melpómene, musa de la tragedia antigua, y lo llevó consigo para apartarlo de los hombres. Para cualquiera otro que no fuera Luis A. Calvo, habría sido aquel un golpe inexorable; pero Calvo superó al destino, porque no solo no se dejó abatir por la desgracia, sino que a la desgracia arrancó motivos para el canto. La última obra de Calvo, más elevada en la concepción, más vasta en el desarrollo, más madura en la técnica, saturada de dolor sereno y resignado, es la que en su mayor parte escucharéis esta noche, de manos del artista. Un estremecimiento profundo sacudirá esta sala cuando bajo esas manos de dolor, surjan torrentes de belleza.

Pero si para Calvo, máximo artista del propio espíritu, la reclusión ha sido un estímulo al perfeccionamiento, es justo que recordemos esta noche a sus desventurados compañeros que a estas mismas horas se arrastran en el trágico aislamiento, bajo la túnica de Neso. Hombres y mujeres nacidos en esta misma patria, hermanos nuestros por la sangre y por el espíritu, padecen entre los muros tropicales de una ciudad dantesca, abandonados de Dios y de los hombres, una tortura dúplice: la del propio dolor que los corroe, y la del egoísmo social que los sepulta en vida. Libros, cientos de libros, bibliotecas enteras se han escrito en favor y en contra de la tesis científica del contagio de la lepra; ese es un punto debatido, ese es un juicio no fallado. Y en tanto la sociedad, provisionalmente, condena al lazareto a la más cruel de las torturas; lo segrega de ella y de los seres

más íntimos y amados; y lo arroja, pobre pedazo de carne macilenta, a que se pudra no tanto por sus llagas sino por la privación del amor humano. Algún místico dijo que el infierno es el lugar en donde no se ama.

Hay en cambio enfermedades reconocidas indefectiblemente contagiosas, flagelos sociales cuyo origen no es fortuito e injusto como el de la lepra, sino que se encuentra en una voluntaria perversión de los sentidos; y para aislar a esos desventurados no se toma ninguna providencia. ¿Por qué ha de persistir en un mundo civilizado la feroz superstición de oscuros tiempos, en que al desgraciado enfermo de lepra, se le expulsaba y se le lapidaba como a poseso del demonio? Cuenta por otra parte la leyenda de Ginepro, en alegoría que tiene hondo sentido práctico y humano, que Francisco de Asís curó a un leproso, por milagro de amor, solo con besarle en la boca. Y otra leyenda nos refiere que cuando la condesa Sibila de Flandes salía de su castillo para bajar al antro de los leprocomios, creía pasear por un jardín, porque a su paso las llagas semejaban rosas.

Si del alado contacto que esta noche tendremos con el arte de Calvo surge en nosotros la convicción activa y urgente de que hay que hacer algo positivo para remediar esta crudelísima y aberrante injusticia social, ello sería el fruto que su apoteosis mayor satisfacción daría al maestro. Si la sociedad, con un anticristiano, con un nietzscheano criterio positivo, decide aislar a los ciudadanos atacados de enfermedades reputadas generalmente como contagiosas e incurables, que los aisle a todos, y no extreme su rigor con los leprosos. Si no recluye a los tocados de otros males más deletéreos y terribles, que se abran entonces de par en par las puertas de los leprosorios; porque en un pueblo civilizado, no hay derecho para castigar el dolor, sino la culpa.

Esta noche celebramos el vigésimo quinto aniversario del *Intermezzo*, la más amada y la más difundida de las obras de Calvo, sin que ella sea la más completa ni

perfecta. El *Intermezzo* no tiene motivo especial; es un estado de ánimo expresado en forma sencilla y emocionante. Es un momento musical, una romanza sin palabras, impregnada de honda melancolía, y cuyos motivos se enredan fácilmente en la memoria, y allí viven, y echan raíces y retoñan. Tiene la vitalidad de las cosas que dicta el sentimiento, el sentimiento puro, el alma desnuda, sin complicidad de afeites ni retoques. Se desenvuelve fácilmente en ondas suaves de ritmo, como el pleamar de las mareas; sube y baja por medios tonos de gradación delicada, y se extingue luego sin estrépito, como las olas en las playas de arena. Esta obra figuraría con decoro entre las menores de Chopin o de Schubert, de las cuales tiene el gusto discreto y la melancolía exquisita. Terminada la ejecución, no suscita ningún comentario intelectual. El *Intermezzo* de Calvo, es de aquellos trozos que se oyen con los ojos cerrados, plegada atrás, muy suavemente, la cabeza.

Helio Cavanzo, noble espíritu de artista, leal como ninguno a la amistad del maestro, ha promovido la glorificación de Luis A. Calvo, (que era un deber de la patria, indebidamente diferido), con el dulce pretexto del aniversario del *Intermezzo*. En este homenaje toman parte artistas de la música, mejor calificados que yo para interpretar la gloria del maestro; bellas mujeres, poetas inspirados, grandes figuras apostólicas del arte colombiano. Quiero hacer una especial mención de Emilio Murillo, captador afortunado, como Calvo, de los mejores latidos de la raza indígena, impertérrito caballero cruzado de lo que hay más puro en nosotros, luchador incansable contra la indiferencia aplastante del ejército de los filisteos, para quien el arte es una función y una de las más esenciales funciones de la patria. Y entre los que no pudieron concurrir a este homenaje, pero nos acompañan de todo corazón en la distancia, está Alberto Castilla, uno de los más múltiples y lúcidos talentos de Colombia, también intérprete auténtico de los aires nacionales, quien, igualmente en lucha con el medio,



ha logrado dominarlo y ha convertido de tiempo atrás la nativa ciudad de Ibagué, en la sede indiscutible del arte musical en Colombia. Allí ha levantado dos instituciones, el conservatorio y la soberbia sala de conciertos, digna de Leipzig o de Viena, y que es el solo y solitario monumento a la cultura musical que existe en la república.

Es bello y es oportuno este homenaje, no solo por Calvo, sino más aún por la república, que por unas horas se sustrae a su presente marasmo, y se dignifica al dignificar las cosas del espíritu. Esta patria nuestra, sedienta de cosas y conceptos que fueron ayer bellos, pero que hoy yacen cubiertos por el más humillante desprestigio —arte, heroísmo, genio, dolor y gloria— esta patria nuestra viene esta noche a refrescar su labio, oh maestro, sobre tus sienes, húmedas de rosas. ✱